

## **El catecismo *Jesús es el Señor***

«No hay que tener predisposición negativa hacia el catecismo». Estas palabras textuales las he oído en una de las dos presentaciones del catecismo titulado *Jesús es el Señor*, a las que he asistido. En una de ellas estuve presente íntegramente, mientras que a la segunda sólo pude asistir de forma parcial. Dos obispos intervenían en ambas –además de otras personas– y las notas que tomé en la primera me sirvieron sin cambios para la segunda, porque se repetían las frases con la fijeza de quien sigue el mismo guión, no con la naturalidad de quien habla desde el convencimiento. Repetidas en el mismo orden y de forma textual, es más que evidente que se trata de una campaña orquestada de lanzamiento para intentar convencer a la opinión pública eclesial.

Pero tanto en la primera como en la segunda ocasión, yo no me movía con «predisposición», sino con «posdisposición», porque había leído íntegramente el catecismo presentado, y disponía de las notas que la lectura me había sugerido. Y, a medida que intervenían los presentadores, tenía oportunidad de comprobar que era más la buena voluntad que derrochaban que la realidad de los hechos, hasta el punto de poder comprobar algunas afirmaciones falsas; éstas, una vez dichas, ahí quedaban, produciendo su efecto, sin que nadie pudiera comprobar ni contrastar si aquello era cierto o no.

### **1. Presentación pública**

Se intentaba presentar y hablar del catecismo. Y ciertamente se ha hecho; pero se ha hablado poco del catequista. Y estamos aquí ante el primer error grave de óptica, ya que la fe no la transmiten los libros sino las personas creyentes. Y cuando se exalta el libro hasta el punto en que se ha hecho –soy testigo–, se resta importancia al catequista, a la persona que encarna, vive y habla desde el convencimiento creyente. La exaltación del catecismo, del libro, ha llevado a presentarlo como el instrumento indispensable, único, que está por encima del resto de instrumentos; pero eso mismo invierte el orden natural y eclesial de las cosas. Presentadas así las cosas, el catequista es quien recoge y repite el texto, que está situado en un nivel de referencia superior: el catequista aparece supeditado al texto.

Para proceder con la mayor objetividad, he analizado también el mensaje de la XCI asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española (7 de marzo de 2008)<sup>1</sup>, y el resultado no puede ser más desolador. El mensaje, corto, contiene en 20 ocasiones la palabra *catecismo*, en 7 ocasiones se hace referencia a los *destinatarios*, y otras 7 se alude a la *catequesis*, y únicamente en 3 ocasiones se habla de los *catequistas*. El ensalzamiento del libro es notorio. Habrá quien diga que he hecho una mala lectura, pero los hechos son comprobables, tozudos.

Al dar al catecismo la categoría de «instrumento», en dicho mensaje se hacen las siguientes afirmaciones: «... es el instrumento adecuado para la educación en la fe...» (n. 4); «el catecismo como instrumento básico y orientación fundamental para la catequesis» (n. 5) y «los catecismos... son instrumentos a su servicio [de la catequesis]» (n. 5). Pónganse los adjetivos que se pongan, los instrumentos siempre tienen una categoría inferior, instrumental (precisamente), como algo de que la persona se sirve para realizar un cometido. Al afirmar que el instrumento del catecismo está al servicio de la catequesis, se recuerda una afirmación irrenunciable. En ella queda claro que la catequesis, la transmisión de la fe, es mucho más importante que los medios que se utilicen; y que las personas que llevan a cabo la catequesis, los catequistas, tienen una innegable superioridad sobre los medios, sobre los instrumentos. Cuando al libro de catecismo, al instrumento, se le denomina *adecuado* se afirma que es válido; y cuando se apostilla que es *básico*, se añade que en él se encuentran los fundamentos para la transmisión de la fe. Pero hay un abismo de entenderlo así a asegurar, como he oído, que «el catecismo sea utilizado en primer lugar; que el catecismo sea el libro del niño; que el catecismo no sea sustituido por otros materiales». Es un instrumento válido y que contiene las afirmaciones de la fe cristiana. Pero no pasa de ahí. Si, además, —como demostraré— el catecismo *Jesús es el Señor* tiene serios defectos, pierde categoría de instrumento *adecuado* y *válido*, y puede y debe ser sustituido con ventaja por otros que no tengan los mismos defectos que éste. El ensalzamiento y la autoridad de un texto dimanar de su calidad y no del marchamo que se le pretenda poner.

## 2. Calificación

Es un texto episcopal: «Los obispos os entregamos este catecismo» (p. 7); «el texto, fruto del estudio y del trabajo directo de todos los obispos españo-

---

<sup>1</sup> Las referencias al mensaje episcopal señalan el número (n. ...); el resto de las referencias, al catecismo, señalan la página.

les, aprobado en asamblea plenaria» (n. 4). Estamos ante un hecho de grave incidencia eclesial, porque el protagonismo de los obispos es mal entendido, y resta categoría al protagonismo de la comunidad eclesial. Que los obispos tengan una tarea en la catequesis es innegable. Que tengan la exclusiva de la actividad catequética es discutible. Que tengan que llevar a cabo la redacción del texto supone un protagonismo que no tiene por qué ser excluyente; y de la misma manera que ésta es una posibilidad, eclesialmente viable, también pueden asumir lo que otros miembros de la comunidad cristiana hacen, sin que por ello se resienta su responsabilidad. Saber delegar forma parte de la corresponsabilidad eclesial, aunque a algunas personas les suene a desprestigio de la autoridad.

Durante siglos, en la mayor parte de la historia de la Iglesia, los catecismos no han tenido la exclusiva episcopal que en el momento presente se les pretende dar. La iniciativa, el desarrollo, la propuesta, con sus aciertos y sus defectos solía ser de iniciativa privada, aunque eclesial; en algunos casos –que no son la mayoría– la iniciativa la asumía un obispo que, en cuanto miembro de la Iglesia, se consideraba estimulado a hacer una propuesta de fe. Y no era infrecuente el que el texto de un autor privado fuera asumido por determinado obispo que hacía implantación oficial de él en su diócesis. Sólo muy recientemente, en el último medio siglo, se ha impuesto el otro criterio de que sean los obispos, colectivamente, quienes propongan, redacten y asuman el catecismo como propio. Este nuevo estilo es un signo más de intervencionismo, como si el resto de la comunidad eclesial no fuera fiable o no estuviera suficientemente formada, con el riesgo de que se deslizaran deformaciones en la fe. Estas deformaciones se han deslizado siempre, en los de iniciativa privada, en los de iniciativa episcopal, y en el de iniciativa sinodal-papal. Es decir, que no dan más garantía para una presentación justa y equilibrada de la fe unos que otros textos. Y –repito– la calidad no emana automáticamente de la persona o el colectivo que firma el catecismo, sino de otra serie de aciertos. En este asunto no se trata de desprecio de la responsabilidad episcopal. Como tampoco se trata de imposición de la misma responsabilidad.

### **3. Aprobación**

El catecismo *Jesús es el Señor* está precedido por la aprobación romana. Se ha cumplido el trámite establecido por la normativa. Pero la pregunta hay que centrarla precisamente en la misma norma: ¿un catecismo sólo empieza a ser bueno cuando lo ha visto Roma? ¿No tiene mecanismos suficientes toda

una iglesia nacional como para hacer una reflexión, plasmada en un texto, que sea válida y eficaz para la transmisión de la fe cristiana? ¿Roma se limita a ver y leer?, ¿o interviene con correcciones a las que se ha de plegar una iglesia nacional así como su episcopado? Son preguntas que deben ser repensadas, si no se quiere asumir sin más, sumisamente, que el centralismo romano es garantía de calidad catequética.

Hay además otras consideraciones. Porque podría haberse recibido el *placet* romano, sin que se viera la necesidad de reproducirlo en todos y cada uno de los ejemplares editados. Podría haber quedado archivada la aprobación en una carpeta del organismo correspondiente, sin necesidad de más. Pero con el hecho de publicarla se trata de reforzar la convicción de que el texto editado es bueno, porque ha pasado por los controles de calidad. Lamentablemente –y lo digo sintiéndolo– no es así. A los hechos me remito, pues otros textos catequéticos como *Ésta es nuestra fe*, de los obispos españoles, o el propio *Catecismo de la Iglesia Católica*, arrastran muy serios defectos después de haber obtenido todos los parabienes del oportuno dicasterio. Parece que la historia se repite.

Además, en el caso de haber decidido incorporar y reproducir la aprobación romana, lo menos que cabía esperar es que se tradujese bien: poner «...concede la prescrita aprobación *a norma* del canon...» es traducir mal un texto que debería decir, en buen castellano, «...concede la prescrita aprobación *según la norma* del canon...».

El decreto de aprobación asegura que ha «examinado atentamente el texto»; el mensaje de los obispos se limita a referirse a esa aprobación (n. 4). Cabe sugerir –y lo hago modestamente– que examinen *más atentamente* el texto, para no dar pie a los defectos que aparecerán más adelante. Acaso es que no han leído más que lo que interesaba leer, porque, de haberlo leído íntegro, no hubiera sido editado como aparece. Mal cumple la autoridad oficial su función si ratifica su contenido incluyendo fallos que no han sido detectados ni subsanados.

Y no quisiera que se repitiera lo que ya sucedió en otra ocasión, vergonzosamente. En la primera edición del *Catecismo de la Iglesia Católica* aparecieron unos fallos increíbles. A pesar de algunas voces de advertencia, no se quiso asumir oficialmente que el texto era imperfecto –acaso no hay ninguno perfecto–. Y sólo cuando la evidencia se impuso, se aceptaron a regañadientes algunas modificaciones y retoques, con el agravante de que la edición siguiente, no la primera, fue declarada edición *oficial*. Si este procedimiento es nefando, lo es para cualquier organismo civil, como para la propia Iglesia. Pero se dejó correr, como si nada pasara.

#### 4. Operación de maquillaje

En las presentaciones a las que asistí, se han dicho frases confusas, no matizadas –omito los nombres de quienes las pronunciaron– como las siguientes: «No es una revisión del anterior *Jesús es el Señor*»; o también que «es fusión del *Padre nuestro* y *Jesús es Señor*; uno solo y uno nuevo»; asimismo que «*Padre nuestro* se ha reelaborado de alguna manera»; o que «el antiguo *Jesús es el Señor* necesitaba una renovación». El mensaje episcopal de presentación dice «nos hemos propuesto renovar nuestros catecismos *Padre nuestro, Jesús es el Señor y Ésta es nuestra fe*». La variedad de matices, todos solventes por las personas que los emitían, es amplia. Se puede entender como renovación, que no revisión; como reelaboración de alguna manera no especificada; o como fusión. El maremágnum de términos empleados no contribuye a clarificar qué es lo que se ha pretendido hacer en verdad.

Ahora bien, un examen detenido, pausado, muestra que un 82-85% del texto actual es repetición del catecismo de 1982. Masivamente, pues, se pretende que en 2008 se enseñe lo mismo que en 1982, sin notables cambios. Esto, a pesar de que el mensaje episcopal asegure «tener en cuenta las nuevas situaciones y retos con que nos encontramos en la transmisión de la fe en España». Educar y construir el futuro de la Iglesia con la repetición masiva de lo que se publicó en 1982 es ir hacia atrás, aunque se proclame lo contrario.

La renovación es sólo de palabra, aparente, porque lo que no avanza, retrocede. Además, el hecho de que el catecismo de 1982 se titule *Jesús es el Señor*, y el de 2008 tenga el mismo título de *Jesús es el Señor*, puede ser un indicio más de que nada o muy poco ha cambiado. Es una difícil decisión la de conservar el título, por muy acertado que éste resulte. Si lo que se pretende es cambiar, renovar, la táctica elemental podía ser la de elegir otro título. Mantenerlo induce a la confusión, al equívoco –¿calculado?– pero deja poco margen para una verdadera renovación. Acaso porque tal renovación no es tal. Que entre el 82 y el 85% sea mera repetición del texto anterior (me refiero a las ideas, no a las expresiones) es muy significativo. Lo que se proclama tiene que ser comprobado; de otra manera es mejor que no se diga. Un simple cambio de formato, maquetación, tipografía,... es simplemente una operación de maquillaje.

#### 5. Estructura

En las presentaciones a que he asistido insistieron las personas que intervenían que el contenido de *Jesús es el Señor* está estructurado en cuatro

partes: credo, oración, mandamientos y sacramentos. Se trata de un viejo asunto latente en toda la historia de la catequesis, al contemplar cómo los autores de catecismos han estructurado y articulado la presentación de la fe. Lo cierto es que ha habido tal cantidad de variantes que sería demasiado largo enumerarlas. Y no es menos cierto que, presentadas las verdades de la fe de una o de otra manera, da igual cuando se hace bien. Disponer las cosas en un orden u otro sirve para que el autor siga un hilo conductor, y que el lector sepa en cada momento dónde está situado. Pero no hay estructura alguna que garantice automáticamente la mejor o la peor exposición. Por eso creo que no es preciso hacer tanta exaltación de lo que constituye un hecho normal: el de seguir un guión que vertebralmente las materias abordadas. En esta ocasión se ha seguido uno; bienvenido sea. Pero no es necesario presentar como un triunfo impensable lo que constituye una simple forma de organizar los conocimientos previstos.

«Se entrega la fe de modo integral; el credo completo», ha dicho alguno de los encargados de hacer alguna presentación. No podía ser de otra manera. Y, por lo mismo, tampoco hay que presentarlo como un éxito inaudito. Muy al contrario, cuando algunos catecismos han llevado a cabo una presentación tendenciosa, parcial, o sesgada de la fe, por eso mismo se estaban situando como referencias de lo que es preciso evitar a toda costa.

Otra de las personas que ha intervenido en una presentación llegó a decir: «No puede dejarse a los cristianos a merced de un pelagianismo solapado». Y a otro de los que exponían le he oído: «No es válido desconocer la dimensión divina de Jesús, limitándose a presentar valores... humanos». ¡Ahí es nada! Como si en la mayor parte de las ocasiones se estuviera haciendo tan escandalosamente mal como para presentar un mundo idílico, en el que no hiciera falta la intervención divina, porque el hombre, por sí mismo, estaba encarrilado hacia el bien, y no pudiera hacer el mal. No seré yo quien diga que todo se hace así en catequesis. Como tampoco diré que nadie lo hace mal.

Pero ante riesgos y omisiones, ante fallos, silencios o vacilaciones, existe el peligro de irse al otro extremo, –la ley del péndulo– de forma que la presentación tenga que ser tan exquisitamente completa como para que no falte nada. Estoy seguro de que sobra alguna afirmación que otra, y que, de omitirse, no pasaría nada, ni se pondría en peligro la fe católica. Atrás quedaron los tiempos en que se ofrecía a los niños un catecismo que era en realidad un compendio casi para adultos y se justifica asegurando que lo aprendieran de memoria y que ya lo entenderían más adelante. Parece, sin embargo, que para algún sector, hay que volver a aquello. Y algunas afirmaciones y expresiones de este catecismo encierran tal complicación que es dudoso que puedan ser captadas por los destinatarios naturales; la expresión puede ser de una exac-

titud teológica innegable, aunque no sea entendida. Y ello pese a que se ha dicho que el catecismo estaba dotado de un lenguaje muy sencillo. El mensaje episcopal asegura que «por su sencillez, concreción, integridad, orden y exactitud es el instrumento adecuado para la educación en la fe...» (n. 4). Éste es uno de los casos en que lo mejor es enemigo de lo bueno, y la integridad, la exactitud y la concreción deberían ser reconsideradas.

## **6. Llegamos al libro mismo**

La forma externa de presentación del impreso examinado resulta en principio válida y adecuada. Mucho mejor en su formato que el precedente *Jesús es el Señor* de 1982, con un presentación apaisada que hacía complicado su uso. El colorido, la disposición atractiva facilitan su uso. No es perfecto, como toda obra humana, y desde esta edición primera adolece de ciertos defectos que podían haberse evitado con un poco de imaginación. Así, al reservar el ángulo inferior derecho de las páginas impares para una síntesis de lo visto, o una oración, no figura en estas páginas su numeración. Y este detalle, que no tendría importancia para los adultos, tiene mucha para los niños, cuya utilización de los libros es bien diversa de la de los mayores. El remitir a unas páginas cuyo número no figura crea una dificultad extra, que se hubiera podido evitar. El trato con niños, especialmente los más pequeños lo certifica sin duda.

## **7. La maquetación**

La maquetación de lo que se presenta ha optado por justificar sólo el margen izquierdo, dejando suelto el derecho. Esto provoca que en muchas ocasiones queden cortadas las frases que hubieran ganado en claridad por el simple hecho de elegir otra justificación, o cuidando el detalle –muy repetido, insisto– en pruebas de imprenta. En algunas ocasiones se ha jugado con los espacios para dejar hueco a un dibujo; pero en otras ocasiones, sin que pierda ni se sacrifique texto o dibujo, se han superpuesto las dos cosas sin problema. Sería largo citar todas las ocasiones; pero voy a proponer una, reproducida como aparece en la página 38, con las líneas cortadas que alteran las frases:

«Cada año iba al templo de Jerusalén  
con su familia. En una ocasión  
se quedó allí sin que sus padres

lo supieran. María y José volvieron a buscarlo. Cuando lo encontraron les dijo: “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc. 2, 49). Esto lo dijo porque, siendo Hijo de Dios, sabía para qué había venido al mundo, aunque todavía no había manifestado que era el Salvador prometido».

Compárese con esta otra disposición con el margen derecho suelto:

«Cada año iba al templo de Jerusalén con su familia. En una ocasión se quedó allí sin que sus padres lo supieran. María y José volvieron a buscarlo. Cuando lo encontraron les dijo: “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc. 2, 49). Esto lo dijo porque, siendo Hijo de Dios, sabía para qué había venido al mundo, aunque todavía no había manifestado que era el Salvador prometido».

O también con esta otra versión con ambos márgenes ajustados:

«Cada año iba al templo de Jerusalén con su familia. En una ocasión se quedó allí sin que sus padres lo supieran. María y José volvieron a buscarlo. Cuando lo encontraron les dijo: “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc. 2, 49). Esto lo dijo porque, siendo Hijo de Dios, sabía para qué había venido al mundo, aunque todavía no había manifestado que era el Salvador prometido».

## **8. Mayúsculas**

En el catecismo hay un abuso generalizado, innecesario y constante de las mayúsculas. No me refiero, naturalmente al uso gramatical adecuado; me refiero al abuso intencionado de pretender que muchos, muchísimos conceptos aparezcan destacados para tratar de dar importancia a todo. Desde la página 7 hasta la 135, es decir, en 128 páginas hay no menos de 120 ocasiones en que



un concepto se presenta con mayúsculas, sin que esto sea necesario ¿Todo es tan destacable, tan importante? ¿O acaso es un desmedido afán de resaltar tantas cosas que se puede producir el efecto contrario. Porque es claro un aspecto: el de la importancia subliminal que se pretende transmitir, en lugar de optar por una presentación sencilla, en la mayor parte de las ocasiones. Entre otros muchos ejemplos voy a aludir a una serie de ocasiones en que la palabra, con minúscula, dice lo mismo sin perder nada de su fuerza: parroquia (p. 11); cruz (p. 17), decálogo (p. 92); obispos (p. 79 y 90); mandamientos (p. 92, 103, 106).

Una abundancia como la señalada no es casual. No deja de producir efecto –sutil, pero real– en el lector, sea el catequista, o el niño. Pretender dar importancia a todo es no dar importancia a nada. En multitud de ocasiones, en otros catecismos, o en libros litúrgicos, por ejemplo, estas palabras que he ofrecido como muestra aparecen con minúscula sin perder expresividad. Alguien de los muchos que han intervenido («pensado y elaborado por muchas manos», se nos dijo en una presentación) podía haber caído en la cuenta de esto tan simple. En cambio, cuando es necesaria la mayúscula, gramaticalmente, no se emplea en una ocasión: «María contestó al ángel: *soy* la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc. 1, 30-31, 38)» (p. 163).

## 9. Acentos

Faltan acentos en palabras que podrían llevarlo, pero que, según las últimas normas gramaticales, no lo precisan cuando no se confunden. En todos los casos son pronombres: Este es... (p. 41); verdaderamente Este es... (p. 65); Este es el Cuerpo... (p. 122); aquellos... (p. 123); Estos... (p. 125); Esta... (p. 128); Estas... (p. 164). Se trata de enseñar a los niños. Enseñarles religión, y también a escribir y leer adecuadamente no están reñidos. Es más claro optar por acentuarlos, si importa la formación humana, gramatical, además de la iniciación religiosa.

No vale la pena marcar un apartado especial, pero también he detectado un evidente galicismo (para más inri, precedido de una expresión adecuada): «Por eso al terminar las lecturas se dice: *Palabra de Dios*. Respondemos: *Te alabamos, Señor*. Cuando el sacerdote lee el Evangelio, es Jesús quien nos habla. *Es por esto que...*» (p. 118).

## 10. Ilustraciones

Son obra de Gracia Suárez. Son abundantes y tienen un estilo dinámico. No desentonarían de otras ilustraciones similares de otros libros destinados

a niños de la misma edad que los que pueden usar este catecismo. Sin embargo adolecen de un serio defecto, que, o no han percibido los responsables de esta edición, o lo han percibido y lo han dado por bueno. Una inmensa mayoría de los dibujos, en torno a una estimación del 80%, aparecen con los ojos cerrados. Esto no tendría mayor importancia si se trata de dibujar a una persona recogida en oración, por ejemplo (p. 100). Sin embargo tiene mucha importancia, por la expresividad que el dibujo no comunica y por la oportunidad perdida de hacer una cosa bien. Quiero fijarme en algunos. En la p. 13 hay una escena de un bautizo: el sacerdote, la madre, la abuela y un hermano (además del niño bautizado) mantienen cerrados los ojos; sólo el padre contempla lo que se está haciendo. En la p. 79 una concelebración muestra al obispo y a dos concelebrantes con los ojos cerrados; además, dos personas participantes tienen el mismo gesto; a cuatro más no se les ve, por estar enfocados desde atrás. En la p. 97 hay una familia reunida en torno al nuevo hijo recién nacido: los cuatro miembros de la familia, más el bebé tienen cerrados sus ojos. En la p. 109 Jesús, con los ojos abiertos, se dirige a Zaqueo; éste «mira» hacia Jesús con los ojos cerrados, así como otras seis personas presentes. En la p. 131 un niño vuelve el rostro hacia Jesús, que le invita a seguirle; ambos tienen cerrados sus párpados. Cabe preguntarse el motivo de semejante defecto. Porque los ejemplos se podrían proseguir en una lista interminable. La expresividad de los dibujos es manifiestamente distinta, y los niños que puedan usar el libro encuentran mejor o peor conexión con lo que los dibujos sugieren. No se entiende que los responsables de la edición lo hayan dado de paso, a no ser que se trate de un catecismo destinado a ciegos. En cuyo caso habría que plantearse las cosas de otra manera.

Si esto sucediera en alguna ocasión aislada, nada habría que decir, pero a medida que he ido haciendo la primera lectura lo he percibido con reiteración, y he dado marcha atrás para comprobar que la excepción se convierte en norma habitual, desde el principio al final del catecismo. He tenido ocasión de comentarlo con alguna persona metida en el mundo de la catequesis y la enseñanza, y ha confirmado la misma impresión que me ha producido a mí. No hay más remedio, lamentablemente, que hablar de un defecto.

## **11. Lenguaje**

A uno de los presentadores de esta obra le he oído decir, al pie de la letra, que «tiene un lenguaje muy sencillo»: y el mensaje de los obispos habla de la «sencillez» presente en la obra. Me permito discrepar de esta supuesta cualidad. Y lo demuestro.

Expresiones difíciles para niños de estas edades son «fracción del pan» (aunque se trate de una cita bíblica, que se puede retocar, p. 9). La propuesta de lectura de «2 S 7», es decir, el capítulo séptimo del segundo libro de Samuel (p. 25), es poco menos que inasequible para los niños. La expresión «pequeño grupo» (p. 26), aunque más sencilla que «el resto de Israel», podría mejorarse aún. «La liturgia de la misa nos invita a que hablemos...» (p. 31), en lugar de la más sencilla y personal «en la misa hablamos...». «Jesús tuvo que nacer en un pesebre» (p. 36), siendo así que nació en una cueva o refugio de pastores, y fue reclinado en un pesebre; para más vergüenza, en la p. 37 se pone bien lo que en la anterior está mal. «La vida íntima de Dios» (p. 70) es una expresión difícilísima, imposible de captar por los niños, para quienes es más fácil hablar de «quién es Dios», o «lo que sabemos de Él». En el credo «profesamos» la fe (p. 118); ¿no sería más fácil «expresamos» o «decimos» la fe? Nada se perdería. (En la p. 138 vuelve a aparecer por cuatro veces la misma expresión, más el sustantivo abstracto «profesión», dos veces). En la eucaristía «hacemos presente y actual...» (p. 124); ganaría en la pretendida sencillez decir «repetimos lo mismo que...». Oramos para que los difuntos «sean transformados por el amor de Dios» (p. 131): ¿qué puede entender un niño de ocho años al oírlo? Es barato hacer la prueba. «En ella [la cruz] murió Jesús por amor a los hombres para salvarlos» (p. 137); no entiendo que en las preguntas anteriores se emplee la primera persona del plural, y ahora, sin razón aparente, se pase a la tercera: «salvarlos» en lugar de «salvarnos»; no capto la oculta razón de este cambio. «El pecado original es la condición de alejamiento de Dios» (p. 140); si hay que hablar de ello, desde luego no es ésta la fórmula que capten los niños; a los hechos me remito. En el orden sacerdotal, «algunos son consagrados» (p. 147); desde hace tiempo se había desterrado este término para hablar simple y llanamente de «ordenados», o de «ordenación episcopal o sacerdotal», pero parece que se ha olvidado la pretendida sencillez. «El cristiano está llamado a vivir y crecer hasta la medida de Cristo Jesús...» (p. 148): la dificultad es extrema, y muchos niños –e incluso adultos– encontrarán no pocas dificultades. «Las virtudes teológicas» (p. 153) no tienen otra expresión mejor que ésta, sin duda poco o nada entendible. «Adorar la cruz» (p. 160) invita a fijar la atención en la cruz, en lugar de centrarla, como la propia jaculatoria hace, en Cristo: «Te adoramos, Cristo...», además de mostrar poca sensibilidad ecuménica.

La sencillez de que se hacía gala no es tanta como se pretendía. Si ha habido tanto esfuerzo en la preparación y redacción, ¿por qué no se ha parado alguien en reconsiderar lo que se escribía? Un libro destinado a niños ha de tener otro estilo literario, que, sin desmerecer del fondo doctrinal, sepa acercar al lector lo que se quiere que capte. Resulta difícil decir que los responsables de esta obra lo hayan conseguido.

## 12. Problemas con la biblia

Desde el Concilio Vaticano II para acá resulta irrenunciable acudir a la biblia para fundamentar la enseñanza. De la misma manera que antes del concilio, y de su honda renovación bíblica en la Iglesia, había catecismos que no citaban la biblia para nada, hoy esto es inconcebible.

El presente catecismo acude a la Biblia, pero no exento de fallos. Parece mentira que en algo tan básico, tan fundamental e importante se ponga poco cuidado; o al menos no todo el que es necesario. En definitiva, a pesar de que hay un uso amplio de la biblia, no se puede decir que éste sea el adecuado.

En la página 24 aparece una cita bíblica imposible: «Leer Ex. 3. 19, 2-8» ¿A qué se refiere? ¿Al capítulo 3, y luego al capítulo 19, 2-8? ¿Al capítulo 3, versículo 19, y después los versículos 2-8? Si, además se pretende conectar con el sentido del catecismo, que habla de los diez mandamientos, resulta aún más complicado dar con el texto que se quiere citar para tenerlo en cuenta en la explicación.

En la página siguiente, la 25, se afirma: «de la familia del rey David nacerá el Mesías: Jesús. Leer 2 S 7». ¿Para hablar que Jesús es descendiente de David hay que leer íntegro el capítulo séptimo del libro segundo de Samuel? ¿Seguro que eso es lo que se pretende? Ya lo había señalado antes entre las dificultades para los niños. Ahora lo señalo entre los fallos en la utilización de la biblia, con la sospecha de que muchos catequistas, en una lectura larga como la propuesta, tendrán alguna dificultad.

Otro ejemplo –burdo y lamentable donde los haya– es la referencia que figura en la página 49. Se cita: «El Reino se parece a un sembrador que esparce su semilla para que crezca (leer Mt. 5, 3-11)». Quien acuda a este lugar del evangelio de Mateo no encontrará jamás este texto bíblico; encontrará el conocido texto de las bienaventuranzas. Siento que los redactores se hayan equivocado y no hayan tenido tiempo o ganas de compulsar las citas, pero es evidente que está mal. Para localizar ésta tendrían que acudir a Mt. 13, 1-2.

Más grave es el fallo que se encuentra en la página 56: «Jesús iba de pueblo en pueblo anunciando la Buena Noticia: “El Señor está en medio de vosotros y viene a salvaros” (Mc. 4, 41)». Pero Mc. 4, 41 dice así: «Ellos se llenaron de un gran temor y se decían unos a otros: ¿Quién es éste, que hasta el viento y el lago le obedecen?». Ni remotamente se parecen. ¿Cómo es posible cometer errores de este calibre en un texto pretendidamente revisado, examinado, pulido, aprobado y sancionado? Porque lo grave es que una afirmación como la reproducida no aparece siquiera en el nuevo testamento entero. ¿A dónde o a quién acude el catequista? Lo más parecido es del antiguo testamento: «No temáis al rey de Babilonia que os infunde tanto miedo; no lo te-

máis, oráculo del Señor, porque *yo estoy con vosotros para salvaros* y libraros de su poder». Pero hay que ir a Jr. 42, 11. No se puede poner una cita falsa, y no revisarla. (Hay dos textos que se parecen a la idea que se quiere expresar: Mt. 12, 28 o Lc. 11, 20, que hablan de que el reino de Dios está entre vosotros).

Además, en el texto del catecismo, aparecen algunas citas insertas en el texto que parece que no se quieren destacar como otras que sí que son realzadas. No llego a adivinar por qué razón en un caso se remarca la palabra de Dios, y en otros casos no.

Si se pretende de verdad acudir a la palabra de Dios como fuente, hay que hacerlo bien, y fallos de este tipo son propios de un escolar inexperto que quiere salir del paso en un examen, pero no cuadran en un texto que aparece dotado de todos los parabienes oficiales.

### 13. Problemas de fondo

Alguno dirá, justificando, que los defectos en el empleo de la biblia son simples errores de transcripción, y le quitará importancia (Quizá eso mismo es quitarle importancia a la propia palabra de Dios). Pero los que siguen a continuación son errores y defectos de gran calado, rozan lo teológico, en su concepción, en el acierto pedagógico, cuando no en el manifiesto error dogmático. Pero... también habrá quien lo justifique.

En la página 10 se afirma: «Cuando hacemos la señal de la cruz manifestamos que somos cristianos». Lo cual es absolutamente cierto. (Ver también p. 137). Pero no es lo más válido, porque hay otra señal aún más sólida que no se cita aquí (aparecerá luego en la p. 93, y en la p. 162, como parte de la letra de una canción): «Por el *amor* que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos». Se pudo mejorar, pero... se perdió la oportunidad de marcar la diferencia entre el amor (señal interna y externa, exigente) y la cruz (señal externa).

En las páginas 10-11 se empieza hablando de las iglesias o templos, y luego se pasa a hablar de los cristianos. Pero no se dice que los cristianos somos la Iglesia, que es más importante que el templo. Hay que llegar a la p. 78-79 para encontrarlo. Y una simple línea podía enunciar tan importante afirmación, sin esperar a más adelante.

La página 17, como síntesis de las anteriores, contiene una poco afortunada expresión sobre la señal de la cruz, que en lugar de recordar a Cristo muerto en ella, se despliega en una artificiosa parcelación del hombre, a raíz de hacer la cruz:

«Con la cabeza creo que Dios es mi Padre;  
con el corazón quiero seguir el camino de Jesús;  
con los brazos me dejaré guiar por el Espíritu Santo  
para vivir como hijo de Dios».

¿No había nada mejor que decir? Para esto, es mejor no decir nada.

Las páginas 22-25 abordan el tema del mal y del pecado. De nada sirve que desde hace más de medio siglo los biblistas hayan hablado del género literario mitológico, que se encuentra localizado en los once primeros capítulos de la biblia, en el Génesis. La presentación que se hace no deja lugar a dudas: para los autores del catecismo, lo que narran esos once primeros capítulos son hechos históricos, irrefutables y comprobados, que ni siquiera se pueden discutir. No hay que situar al pecado en conexión con el hecho de que los hombres seamos libres. Y, aunque sí se afirma que «los creó libres, los llenó de su vida y de su amor, y les ofreció su amistad», no se dice que con la libertad podemos elegir tanto el bien como el mal. Y que en eso radica el origen de todo pecado, de cualquier pecado. En cambio, como si se tratara de un hecho histórico, se asegura, sin otra explicación complementaria, que «ellos fueron tentados por el diablo, desobedecieron a Dios y rompieron su amistad con Él. Fue el primer pecado, *el pecado original*». De nada valen las explicaciones de los especialistas. Se tiran por la borda afirmaciones serias y consolidadas, para continuar, como si nada hubiera avanzado, con la literalidad del relato del Génesis. ¿Dónde está la voluntad de *renovación* de los catecismos, con vistas a la educación de los creyentes del siglo XXI? Educar para el futuro con criterios del pasado es una fórmula que no tiene salida. Quienes salen perdiendo son los destinatarios, a los que años después, si hay oportunidad, es preciso explicarles las cosas de otra manera. Si en esta ocasión –desperdiciada– no se aplica lo que dice el concilio («Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, *los géneros literarios*. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios. El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, según su tiempo y su cultura, por medio de los géneros literarios propios de su época». *Dei Verbum*, 12), ¿para cuándo dejarlo? ¿O será, acaso, que está equivocada la doctrina conciliar?

En la misma línea de lo expuesto en el párrafo anterior, las páginas 22 y 28 hablan de la creación directa e inmediata de dos personajes, llamados respectivamente «Adán y Eva, nuestros primeros padres»; «Adán y Eva, tentados por el diablo, quisieron ser como Dios». Estamos en idéntica situación, ante la misma postura de tomar al pie de la letra los relatos iniciales del Gé-

nesis, sin asomo de otra posibilidad. El creacionismo físico indiscutible que sustentó la fe de nuestros antepasados era perfectamente asumible cuando no se tenían más datos, ni se conocía la evolución, ni se sabía nada de la historia del origen del planeta; ni cuando se desconocían los géneros literarios y se entendía la narración bíblica como una película exacta de hechos comprobados, a la que había que asentir sin otra perspectiva. Pero, sin desprestigiar la fe de nuestros antepasados, han sucedido muchas cosas, y hay disponibles muchos datos como para poder repetir, sin más, una explicación bíblica no científica. La bíblica es una explicación religiosa, y es preciso retener el fondo religioso de la misma. Pero pretender retener el relato como una película comprobada de los hechos, es ir contra los datos conocidos. Proceder de esta forma no es en modo alguno *renovar* los catecismos, sino ir marcha atrás, con la voluntad firme de ponerse una venda en los ojos, para no querer saber lo que pasa. Y con los criterios que el catecismo sustenta, a pesar de todos los sellos, marchamos y parabienes que puedan adornarle, el fracaso de la catequesis está asegurado. Lo enunciado en este párrafo y en el anterior, tiene plena validez para lo que se dice en la página 22 sobre las consecuencias del pecado primero; lo que se dice en la página 23 acerca de que un «descendiente de Eva triunfaría»; o lo que aparece en las páginas 139-140, que asume el mismo planteamiento. En cambio, en la página 106, no se presentan los pecados que podemos cometer como inevitables consecuencias de un pecado anterior, transmitido y contagioso. Este soplo de aire fresco no impide, sin embargo, ver las graves deficiencias anotadas.

En la página 27 consta una afirmación muy poco segura, cuando afirma que «En María has cumplido tu promesa». ¿La promesa de salvación se cumple en María, o en Jesús? De acuerdo con el texto reproducido, no hay duda: las promesas apuntan a María, y así ha de entenderlo cualquiera que lo lea; por descontado así lo entenderán los niños, destinatarios de este catecismo. Pero la más rancia contemplación de la historia de la salvación, el más depurado de los contenidos teológicos, o el más aquilatado de los recorridos bíblicos apunta en la otra dirección: las promesas tienen cumplimiento en Jesús. «Bendito sea el Señor, Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado una fuerza salvadora en la familia de David, su siervo, como lo había prometido desde antiguo por medio de sus profetas...» (Lc. 1, 68-70); «De la descendencia de éste, Dios, según la Promesa, ha suscitado para Israel un Salvador, Jesús»; «También nosotros os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús (Hch 13, 23. 32-33). Por otro lado, una afirmación como la comentada denota una escasísima sensibilidad ecuménica, porque si se trata de poner obstáculos a la unidad, éste es uno más en la lista;

pero si se trata de buscar oportunidad para la unión, era tan sencillo como haber afirmado «En Jesús has cumplido tu promesa».

La página 51 contiene una frase-síntesis de lo presentado en ella y en la precedente: «Los milagros fortalecen la fe en Jesucristo». Nada que objetar en principio. Hubiera sido más completo y exacto, de haber introducido un leve añadido: «Los milagros *hacen que surja* y fortalecen la fe en Jesucristo». La doble posibilidad se aproxima más a los hechos transmitidos por el evangelio, según los cuales brota una fe inicial, o se fortalece una convicción ya existente.

Las páginas 78-79 hablan de la realidad actual de la Iglesia, formada por las personas (No lo había hecho tan claramente en las p. 10-11 al hablar del templo). Al comienzo del tema hay un cuadro que presenta el contenido total. En el mismo, tres afirmaciones: la primera sobre Jesús, fundamento de la Iglesia, la segunda sobre la jerarquía, y la tercera sobre los cristianos. Aunque dedicaré un apartado a la metodología, lo que señalo es algo más que simple metodología. Porque poner las cosas en ese orden es fruto de una decisión, que pretende desconocer, o dejar de lado, la propia ordenación de la constitución *Lumen gentium*: en ella, tras hablar de Cristo, luz de los pueblos, y de los planes salvíficos de Dios (capítulo 1º), se pasa a hablar del pueblo de Dios (capítulo 2º), y sólo después, de la jerarquía (capítulo 3º), que está al servicio del pueblo de Dios. Curiosamente, han sucedido varias cosas en esta trasposición: 1º, se ha alterado el orden, anteponiendo la jerarquía al pueblo de Dios, contra lo que enseña la constitución conciliar; 2º, se ha omitido (¿o sólo se ha «olvidado»?) que la jerarquía está al servicio del pueblo de Dios. De mar de fondo hay algo no confesado. Por si aún fuera poco, la muy cuidada redacción de las dos primeras frases presenta una clara identificación, a fin de que ésta se lleve a cabo sin decirlo expresamente:

Frase 1ª: «Jesús, el Señor, es el *Maestro y Pastor* de la Iglesia. En ella todos somos hermanos».

Frase 2ª: «Jesús ha elegido a algunos para que sean, en su nombre, *maestros y pastores*». ¿Se percibe así, con mi subrayado, lo que se quiere decir sin decirlo?

No termina ahí el asunto, porque, si aún quedaran dudas, tras hablar de la Iglesia en general, cuando habla de los laicos les dedica dos líneas, mientras que a la jerarquía consagrada doce líneas. La desproporción es evidente.

La expresión de la página 80, cuando destaca la eucaristía del resto de los sacramentos, es la siguiente: «Pero en la eucaristía es donde Jesús está presente de modo único e incomparable. Está presente en “Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad”». No se dice de dónde procede el entrecomillado que figura en el catecismo. Es preciso remontarse a cuatro siglos atrás, cuando el concilio de Trento abordó la importancia de la eucaristía respecto a los demás



sacramentos, diciendo: «... et semper haec fides in Ecclesia Dei fuit, statim post consecrationem verum Domini nostri corpus verumque eius sanguinem sub pani et vini specie una cum ipsius anima et divinitate existere» (es decir, «... y siempre existió en la Iglesia de Dios esta fe: que inmediatamente después de la consagración, bajo las especies de pan y vino, está el verdadero cuerpo de nuestro Señor y su verdadera sangre, junto con su alma y su divinidad). (C. de Trento, ses. XIII, Decreto de eucaristía, cap. 3, De la excelencia de la eucaristía sobre los demás sacramentos; DS, 1640 y 1651). Quiero subrayar, en primer lugar, que mientras el catecismo pone las cuatro palabras con mayúsculas, en el abuso ya señalado, el concilio tridentino emplea, sin problema, las minúsculas. Pero además es preciso decir que esto que se afirma, sin citar, resulta la expresión aquilatada, pero incomprendible para los niños, de la fe católica. Por otra parte, ¿no había otro documento más cercano y comprensible para presentar la fe a los niños? Yo he encontrado al menos dos: «En la fracción del pan eucarístico [se podría decir a los niños: en la eucaristía] compartimos realmente el Cuerpo del Señor» (*Lumen gentium*, 7,2); y «[Cristo] está presente en el sacrificio de la misa (...) sobre todo bajo las especies eucarísticas» (*Sacrosanctum Concilium*, 7). Y aunque en todos los casos sea precisa una explicación para los niños, se puede hacer ésta a partir de un texto sencillo, o de un texto difícil. En el catecismo examinado, se ha elegido el camino del más difícil, porque la expresión abstracta de «divinidad» resulta complicada, muy complicada. El texto de *Lumen gentium* es infinitamente más sencillo, pero se ha dejado de lado. No seré yo quien diga que hay que enterrar el concilio de Trento (¡ni tampoco el de Nicea!); pero sí me atrevo a afirmar que tampoco hay que enterrar el Vaticano II.

En la página 84, como síntesis de lo expuesto antes sobre la Iglesia, aparece una pregunta como definición de ella: «¿Qué es la Iglesia? –La Iglesia es la gran familia de los que creen en Jesús y lo siguen; unida por los mismos sacramentos, tiene como pastores a los sucesores de los Apóstoles» (La misma definición se repite en p. 142, preg. 41). Lo cierto es que se da en tal definición una notable pérdida respecto a lo afirmado por el Vaticano II, y, llamativamente, respecto a lo que el propio catecismo recoge en sus páginas. Porque en la síntesis que aparece al final de la p. 79 se dice: «La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios que, guiado por el Espíritu Santo, camina hacia Dios Padre, con Jesucristo, el Señor». ¡Cuánto se parece esta preciosa definición a la que aparece en *Lumen gentium*, 4: «Toda la Iglesia aparece como el pueblo unido “por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”». Ni en la enseñanza conciliar, ni en la definición de la p. 79 se hace referencia a los sacramentos ni a los obispos, pero la definición es exacta, perfecta, pertinente y sencilla, y más rica, por la referencia a las tres personas de la Trinidad. Por

el contrario, desperdiciando la oportunidad que estaba al alcance de la mano, el catecismo pone otra definición, y le da más realce, al repetirla, sin mencionar a la Trinidad, y aparecen los sacramentos y los obispos, como piezas indispensables de la definición. Y como se pretende –así se ha dicho– que los niños aprendan y repitan de memoria estas definiciones, se prefiere la menos buena a la estupenda. Falta de tacto, o de sentido pedagógico en los responsables de este catecismo. Tener la oportunidad al alcance de la mano, y dejarla escapar es de poco avispados.

Las páginas 88-89 se refieren al bautismo. Todas las referencias que contienen se centran en el bautismo de niños, común entre nosotros por la tradición en que nos encontramos inmersos. Pero esta tradición está sufriendo cambios. A una de las personas que intervenía en una de las presentaciones del catecismo le he oído que cada vez será más común el bautismo de niños en edad escolar, y el de adultos, consecuencia de la nueva situación que es preciso tener presente. Pero el catecismo lo desconoce completamente. ¿Tanto costaba introducir alguna alusión a este hecho cada vez más frecuente? No se perdía nada, y se ganaba mucho. Abrir las mentes a otros supuestos no tan raros es educar la fe de las nuevas generaciones con vistas al futuro. Pero hay que deducir que se ha elegido mirar sólo al pasado.

La página 102 tiene carácter de síntesis, con la inclusión de cuatro preguntas. La primera de ellas dice: «¿Por qué decimos que la Iglesia es nuestra madre? –Decimos que la Iglesia es nuestra madre porque *ella nos hace hijos de Dios* por el bautismo...» (La misma pregunta se repite en la p. 143, preg. 43). ¿Es verdad que la Iglesia nos hace hijos de Dios?, ¿o no es más cierto que Dios nos hace sus hijos por medio de la Iglesia? La Iglesia es «sacramento universal de salvación» (*Lumen gentium*, 1, 9, 48; *Gaudium et spes*, 45; *Ad gentes*, 1, 5; *Unitatis redintegratio*, 3). En todos estos casos los textos conciliares presentan a la Iglesia, como sacramento, como medio, como instrumento de la salvación, la cual viene únicamente de Dios. El insustituible protagonismo divino no aparece ni mucho menos claro en la pregunta de las páginas 102 y 143. A estas alturas va apareciendo con claridad que de una manera habitual se producen deslizamientos sutiles, afirmaciones que solapan otras más nítidas, preferencias interesadas en subrayar una cosa en vez de otra. Y no resulta fácil admitir que todo ello se haya hecho por casualidad, sin intención.

Parece que el defecto señalado en el párrafo anterior se ha soslayado en el que en la página 110 habla de la penitencia: «La Iglesia nos ofrece hoy el perdón de Dios (...) cada uno recibe de Jesús el perdón de Dios Padre y es reconciliado con la Iglesia». En esta ocasión la Iglesia ofrece el perdón, pero no brota de ella. Ahora bien, al querer perfilar tanto las cosas, la segunda frase es un verdadero rompecabezas para la mente de un niño. Ateniéndose al sentido

de las frases, de lo que el niño lee y entiende, el perdón procede de Dios Padre, quien se lo pasa a Jesús, el cual, a su vez, lo transmite a la Iglesia, para que nos llegue a los pecadores. Creo que, a la vista de esto, no hay más remedio que señalar la frase como dificultosa. Querer rizar demasiado el rizo lleva a esto. Se podía haber dicho de manera mucho más sencilla: «La Iglesia nos ofrece hoy el perdón de Dios (...) cada uno recibe el perdón de Dios y se reconcilia con la comunidad» (para no repetir «Iglesia»). Porque, de seguir el camino propuesto, habría que haber hablado también de la intervención del Espíritu Santo santificador. ¿Hay necesidad de complicar las cosas inútilmente? Elegir lo difícil y complicado es mal camino para presentar la fe a los niños.

La página 123 incluye un detalle fundamental para la fe: «Una luz encendida al lado del sagrario es la señal de la presencia del Señor». ¿Es fundamental? Se trata de presentar lo básico de la fe cristiana, para iniciar en esa fe. Este detalle ¿es tan básico como para tener que incluirlo sin remedio, de manera que, de no hacerlo, se produjera una pérdida notable, irreparable? Soy sabedor de los muchos esfuerzos –admirables– que hicieron en otras épocas muchos sacerdotes para que continuara ardiendo la lámpara del Santísimo, a costa de sus propios recursos, escasos. Pero, ¿es fundamental en la fe, como para que tenga que saltar a las páginas de un catecismo de niños? Si tan fundamental es, habría que desautorizar a la inmensa mayoría de los catecismos, que no lo incluyen, entre los que está también el *Catecismo de la Iglesia Católica*. O, al contrario, no es fundamental, en cuyo caso no habría que haberlo incluido.

En la página 130 (y en la p. 144, preg. 49) se habla del purgatorio. La pregunta 49 ha sufrido una revisión respecto a la edición del catecismo de 1982. Se evita el concepto «lugar» que aparecía entonces, y únicamente se habla de «sufrimiento» y «purificación». En cambio, ya que se ha puesto tanto cuidado, se podía haber hecho lo mismo en la frase de la p. 130: «Algunas necesitan un tiempo para quedar limpias de toda sombra de pecado...». Si no era adecuado hablar de lugar, ¿por qué es adecuado hablar de tiempo? ¿Cómo hablar de «tiempo» fuera del «tiempo»? ¿No es más sensato decir que Dios sabe cómo purificar a los que tienen algún pecado, aunque nosotros no lo sepamos? La reflexión teológica ha optado por un discreto silencio, en lugar de emplear categorías propias de la concepción espacio-temporal que tenemos en este mundo. A los responsables les ha parecido mejor dejar de lado la reflexión teológica, para aquilatar conceptos.

La página 162 acoge una descripción sintética de la celebración eucarística. Por más curioso que resulte, y por más que se busque, no aparece por ningún lado en esta página la invitación expresa a la participación eucarística, a la comunión, de manera clara, que pueda ser percibida y entendida por los niños. Sí se dice que «[Jesús] nos da su cuerpo» y que «estamos atentos y par-

ticipamos en ella [la misa]». Es claro que ninguna de estas frases lo dice con la nitidez que se precisa. Y estamos en la iniciación, «teniendo muy en cuenta que en estos años tiene lugar la primera participación en la penitencia y en la eucaristía», según el mensaje de los obispos, n° 4. Si teniéndolo muy en cuenta se produce esta notable omisión, ¿qué será en caso contrario?

En toda esta serie de defectos de índole teológica que he ido presentando, larga, demasiado larga –y lo lamento– he seguido el orden correlativo. Sólo he hecho una excepción, y he dejado para el final el mayúsculo despropósito de la página 127. En ella, para complementar el tema de la salvación futura, se reproduce un cuadro que tiene por autor a Pedro Atanasio Bocanegra, y cuyo título es nada menos que «Virgen *adorada* por ángeles y santos». Increíble, pero cierto. ¿No había otro cuadro disponible para poder ser reproducido, sin incurrir en semejante dislate? Si el pintor lo tituló así, allá él; pero los responsables de la elaboración de este catecismo, ¿estaban obligados por algún extraño y oculto motivo a tener que utilizar una reproducción con un título tan poco ortodoxo? La más vieja y rancia tradición bíblica y eclesial ha repetido hasta la saciedad que la adoración se debe únicamente a Dios, y que todo lo que no sea eso, es pura y simplemente idolatría. La devoción mariana ha querido exaltar la figura de la madre de Jesús, y se ha saltado en más de una ocasión este límite infranqueable. Pero, ¿hay que proponérselo así a los niños? El error teológico es de bulto. Lamento de todo corazón encontrarlo en la página 127 del catecismo *Jesús es el Señor*, que yo no he redactado ni corregido. Los que lo han hecho tienen la obligación moral de rectificar. Y esa rectificación pasa –a mi entender– por sustituir la reproducción aludida por otra que no contenga en el título semejante error, y canjear los ejemplares defectuosos por otros que no contengan tamaño exabrupto; gratuitamente, por supuesto, porque los propietarios han pagado ya el importe que se les ha pedido.

La enumeración de deficiencias ha sido larga. La última es la gota que colma el vaso. Y no es fácil encontrar motivos para comprenderla y justificarla. Pero no es posible centrarse sólo en ella, porque son muchas más las oportunidades para reflexionar y rectificar. No me gustaría, como ya señalé, que la edición siguiente se declare oficialmente válida, y ésta primera como un ensayo, o como no existente. Pero errar con responsabilidad ante los demás en la Iglesia, exige rectificar ante los demás en la Iglesia.

#### **14. Metodología**

Sé de sobra que hay una tremenda prevención hacia la metodología, como si el optar por una determinada fuera nefando. Sin embargo es claro

que, pese a algunos excesos y defectos que han tenido lugar en la catequesis con este motivo, no todo es malo. El hecho de no optar –al menos se dice en teoría– por ninguna está motivado por el deseo de presentar únicamente los contenidos de la fe puros y escuetos. Esto es irrealizable. Porque siempre se opta por alguna. En este caso, ante el miedo de que «los niños no saben nada», el criterio es que sepan, aprendan y repitan de memoria.

De ahí el apartado de preguntas y respuestas, con sus 86 propuestas, a las que habría que sumar otras frases con carácter de síntesis que figuran a lo largo del texto. Esto mismo ya constituye una propuesta metodológica, a la que muchos catequistas no serán capaces de sustraerse, por doble razón: porque es lo que resulta más cómodo, y porque es lo que repite la autoridad. Con ello, los niños saben porque repiten, y es posible que el verdadero objetivo de la catequesis –llegar a vivir y crecer en la fe cristiana– se pierda de vista.

El método de preguntas y respuestas, va precedido de unas síntesis en los núcleos temáticos, y éstos, a su vez, de unas explicaciones escritas. Otra cosa diversa son las explicaciones de los catequistas. Pero mucho me temo que, con el énfasis que han dado a los argumentos de autoridad quienes han presentado el catecismo, muchos catequistas se limiten a repetir, a pensar poco, a hacer pocas aclaraciones, a ser meros repetidores.

En algunas ocasiones, hay breves y fugaces referencias a la experiencia humana que puede tener el niño. Al ser tan fugaces, lo más probable es que no se profundicen, que no se ahonden, que la palabra de Dios y las explicaciones eclesiales caigan en el vacío, con un lenguaje exclusivamente sacral, sin apenas conexión con todo aquello que constituye la vida cotidiana de los niños. Hay miedo –confesado– a reducir el mensaje cristiano a un cúmulo de experiencias humanas. Uno de los responsables de una de las presentaciones dijo: «No es válido desconocer la dimensión divina de Jesús, presentando únicamente valores...», valores humanos, se entiende. Pero el riesgo es ir al otro extremo, al ofrecer los contenidos religiosos, sin arraigo ninguno en la mente, los sentimientos, las vivencias, las experiencias y las alegrías de los niños. De esta forma, el cristianismo quedará sobrepuesto, como un jersey, pero sin que arraigue en la persona. Da pena tener que decir esto en un momento en que la carencia familiar y social de raíces cristianas hace que las referencias de los niños al mundo de lo religioso sean escasas. Pero si no conectamos más y mejor, el resultado es previsible. ¿Queremos cristianos o magnetófonos con piernas?; ¿queremos catequistas que testimonien o que repitan? Es la consecuencia de una opción metodológica que excluye, elimina, o se limita a evocar ráfagas de experiencia humana. Ésta es la más grave deficiencia metodológica, que atraviesa el catecismo de principio a fin; no resulta fácil desconocerla, ni decir que apenas tiene importancia.

Lo anterior se corrobora con un hecho, fácilmente comprobable. En el catecismo *Jesús es el Señor* editado en 1982 había preguntas abiertas, cuya respuesta se dejaba a la elaboración del grupo de catequesis, junto con su catequista. A la vista de lo que sugería el catecismo, y de las aportaciones, dificultades o preguntas que los niños pudieran hacer, quedaba la posibilidad de que todo encontrara cabida en una respuesta no tipificada, sino libre, y trabajada. Parece que esto podía entrañar peligro de desviaciones doctrinales, o de acoger muchas propuestas que no tuvieran un tono marcadamente religioso. En consecuencia, en el catecismo *Jesús es el Señor* de 2008 se han suprimido estas preguntas abiertas, que dieran cabida a la espontaneidad, que fueran reflejo del pensar o sentir de los niños, que expresaran su acogida a la palabra de Dios, o que asumieran sus pequeños compromisos. Se ha escogido el camino de la doctrina segura, sin fisuras, sin vacilaciones, sin dar lugar a la respuesta en libertad. Seguro que muchos catequistas no tienen la suficiente elasticidad como para tomar la iniciativa por su cuenta. Es más seguro atenerse al guión marcado.

Otras anotaciones, de menor importancia, son:

- en la página 21, se cita el texto bíblico: «Al principio creó Dios...». Hubiera quedado más claro: «Al principio Dios creó...». Los niños se expresan así.
- en la página 78, como ya he indicado, el orden del cuadro inicial está gravemente alterado, por criterios teológicos que afectan también al método.
- en las páginas 120-121, sobre la eucaristía, falta una referencia a la última cena de Jesús.
- en la página 158, en lugar del dibujo, o en forma de dibujo, falta un esquema, siquiera elemental, del año litúrgico del que se habla en el texto.

Además, es preciso comprobar las dificultades de lenguaje, que ya he apuntado antes, y que tienen también que ver con la metodología, pero que preferí abordar por separado.

## 15. Conclusión

Uno de los presentadores del catecismo en las dos sesiones a que asistí –obispo él– trataba de convencer al auditorio con unas afirmaciones simples en exceso: «Ha sido pensado y elaborado por muchas manos; se ha trabajado mucho, y ha incorporado las indicaciones que Roma ha hecho». En la misma

línea, el mensaje colectivo de presentación de los obispos españoles afirma: «El texto [es] fruto del estudio y del trabajo directo de todos los obispos españoles» (n. 4).

A la vista de todo cuanto antecede, sólo cabe una conclusión: que estudien y trabajen más y mejor.

## Apéndice

Cuanto antecede eran los comentarios que estimo oportuno hacer tanto a la presentación del catecismo, como al mismo libro.

La necesidad de añadir un apéndice brota porque ha surgido la sorpresa, tristemente sospechada y que ha confirmado algo que veía venir. En el cuerpo del artículo escribí (apartado 3º): «*Y no quisiera que se repitiera lo que ya sucedió en otra ocasión, vergonzosamente. En la primera edición del Catecismo de la Iglesia Católica aparecieron unos fallos increíbles. A pesar de algunas voces de advertencia, no se quiso asumir oficialmente que el texto era imperfecto –acaso no hay ninguno perfecto–. Y sólo cuando la evidencia se impuso, se aceptaron a regañadientes algunas modificaciones y retoques, con el agravante de que la edición siguiente, no la primera, fue declarada edición oficial. Si este procedimiento es nefando, lo es para cualquier organismo civil, como para la propia Iglesia. Pero se dejó correr, como si nada pasara*».

Lo triste es que este procedimiento resulta ya una costumbre. En el catecismo escolar *Nuestro Señor*, de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Madrid, Edice, 1982 (I.S.B.N. 84-7141-118-0; Depósito legal M. 25.071-1982), en la página 44, al proponer los mandamientos, omite el tercero: «Santificarás las fiestas»; la *nueva edición*, con los mismos datos exactos, lo incluye, sin que aparezca una aclaración o una palabra de disculpa. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 1992 (I.S.B.N. 84-288-1100-8; Depósito legal M. 36.779-1992) fue publicado plagado de errores en la primera versión, tanto en la edición castellana como en las de otras lenguas; luego hubo que publicar un *Elenco de correcciones para la traducción en lengua española del Catecismo de la Iglesia Católica según la edición típica latina*, Madrid, Asociación de Editores del Catecismo (I.S.B.N. 84-7129-477-X; Depósito legal B. 31.414-97); y para más inri, declarar edición *oficial* la segunda edición. El *Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio*, Madrid, Asociación de Editores del Catecismo, 2005, (I.S.B.N. 84-288-1986-6; Depósito legal M. 37.680-2005) en la página 36 propone el credo niceno constantinopolitano, y omite, en el texto en latín, la frase «ascendit in coelum, sedet ad»; pero la nueva edición (I.S.B.N. 84-288-1156.3;

Depósito legal M. 47.308-2005), sin aclaración o disculpa alguna, la incluye, aunque no advierta al lector de nada. Ahora, el catecismo *Jesús es el Señor*, Madrid, Edice, 2008 (I.S.B.N. 978-84-7141-655-1; Depósito legal V. 439-2008) hace una *nueva edición*, pero con los mismos datos editoriales, como si no hubiera pasado nada, para dejar correr las cosas discretamente y sin llamar la atención. Es un vicio repetido el de sacar una edición, detectar fallos, publicar otra sin advertir al lector ni pedir disculpas; y es un vicio que no debería haber tenido lugar.

En este último caso, el de *Jesús es el Señor*, se aprecia ya desde la cubierta, que en la edición primera es mate y en la nueva edición fraudulenta es brillante; se aprecia también en diversos tonos de color en páginas interiores, que no coinciden; pero, sobre todo, hay numerosos cambios, retoques, alteraciones, en el texto, de los que no se advierte nada al lector de la edición fraudulenta, ni al que pudiera tener la primera edición. ¿Cuántos cambios y modificaciones son necesarios para poder decir equilibradamente que se trata de una nueva edición? Porque en este caso las alteraciones son más de 50 en 167 páginas. Si a esto no hay que llamarlo segunda edición, no sé cuándo hay que hacerlo. Pero resulta más cómodo retocar, no decir nada, y dejar correr las cosas, como si no hubiera sucedido nada.

De esas más de 50 alteraciones, algunas, de escasa entidad, afectan a la disposición tipográfica, que no necesariamente mejora. En otros casos, más notables, cambia el texto, que es sustituido, lo cual es más serio. Otras veces se añade alguna palabra o conjunto de palabras, con la misma consideración que lo anteriormente señalado. También se suprime alguna palabra o frase, lo que supone un cambio digno de consideración. Y no falta el caso de que se cambie una respuesta por otra a la misma pregunta. Se puede ver que no son cambios inocuos, ni accidentales, ni corrección de erratas; es otra cosa, intencionada.

No pondré ejemplo de los cambios de disposición tipográfica, que abundan. Ejemplo de cuando el texto cambia puede ser el siguiente: en la página 14, la edición primera decía: «Algunos de sus personajes son: Abrahán, Jacob, Moisés, David, Isaías...». La nueva edición dice: «Personajes como Abrahán, Jacob, Moisés, David, Isaías... *preparan la venida de Jesús*». Es evidente que algo cambia.

Un ejemplo de los añadidos de palabras es el que figura en la página 107. La edición primera dice: «Pero Dios Padre siempre nos ofrece su perdón...»; la nueva edición introduce una interpolación: «Pero Dios Padre, *en su Hijo Jesús*, siempre nos ofrece su perdón...». ¿Ejemplo de purismo, de ortodoxia,...?

Muestra de la supresión de palabras o frases es el que figura en la página 111. La edición primera dice: «*Nosotros*, apoyados en la gracia del per-



dón y con alegría nos comprometemos a ser fieles a Jesús y al don de nuestro Bautismo, *a la amistad con Jesús*»; la nueva edición tiene esta redacción: «Apoyados en la gracia del perdón y con alegría nos comprometemos a ser fieles a Jesús y al don de nuestro Bautismo».

Un modelo del cambio de respuestas es el que figura en la página 139, en la pregunta 13ª de la primera edición: «¿Quién nos ha revelado el misterio de la Santísima Trinidad? –Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, nos ha revelado que Dios es Trinidad». La nueva edición fraudulenta dice: «¿Quién nos ha revelado el misterio de la Santísima Trinidad? - Jesús, el Hijo de Dios [suprimido *hecho hombre*], nos ha revelado este Misterio. *Él nos enseña que Dios es Amor y nos lo da a conocer*».

Si los cambios se repiten una y otra vez, sin embargo, la tónica general consiste en mantener y no cambiar los fallos que he detectado en el artículo precedente. Es decir, los responsables del libro se mantienen en sus trece de una enseñanza que adolece de numerosos defectos. En algunos casos los cambios son llamativos. Así, en la página 8 cambia de «Cristianos» a «cristianos». No sé por qué no han realizado una depuración de mayúsculas innecesarias, y, por el contrario, se ha añadido alguna más, que no figuraba antes. En la página 48 (antes figuraba en la 49) se ha corregido la cita bíblica, porque la parábola del sembrador no corresponde a Mt. 5, 3-11, como señalaba la edición primera, sino a Mt. 13, 3-11. Pero quien tenga la edición primera, que lo busque por su cuenta. Tampoco adivino cómo no se ha hecho revisión de todas las citas bíblicas. Otro cambio, desafortunado, modifica un texto ya de por sí difícil, por otro más difícil todavía para los niños; consta en la página 124: la edición primera dice: «¿Qué hacemos en la celebración de la Eucaristía? - En la celebración de la Eucaristía hacemos presente y actual lo que Jesús hizo en la Última Cena: Jesús dio gracias a Dios Padre y entregó su Cuerpo y su Sangre para el perdón de los pecados». La nueva propuesta es: «¿Qué *celebra la Iglesia* en la Eucaristía? –*La Iglesia celebra el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y ofrenda sacramental de su único Sacrificio en la Cruz*». ¿Mejora a los ojos de los niños esta nueva redacción? Como último modelo de retoque, en la página 127 se modifica la disposición tipográfica del pie de foto; ésta, además, aumenta su tamaño; pero el conspicuo responsable de estos cambios no ha estimado que fuera necesario cambiar la reproducción y su pie, donde aparecen las palabras, ya referidas en el artículo: «María adorada por ángeles y santos». El interventor se ha preocupado de las minucias y no ha visto el fallo fundamental; creo que se parece a aquellos guías ciegos que decían: «Jurar por el santuario no compromete, pero si uno jura por el oro del santuario queda comprometido» (Mt. 23, 16).

En definitiva, nueva edición, fraudulenta, no advertida al pueblo de Dios, a quien en teoría los responsables deberían servir. Y que no mejora la anterior. Tristemente, otra oportunidad perdida.

LUIS RESINES LLORENTE  
*Estudio Teológico Agustiniano - Valladolid*